

LA MEZQUITA DEL BARRIO

NAGUIB MAḤFŪZ

YA LLEGÓ la hora de dar la lección de la tarde, pero en la mezquita no había más que un asistente. En verdad esto no constituía ninguna novedad para el "imām",¹ el shayj² 'Abd Rabbuh, pues desde que vino a servir en esta mezquita, el único asistente a su clase era³ "Amm" Ḥasanein, el vendedor de guarapo. Por ello, el almuédano y el encargado de la limpieza solían unirse al "auditorio" en señal de respeto a la lección y como gesto de cortesía hacia el imām. En rigor, el shayj 'Abd Rabbuh debía sentirse molesto por ello, mas ya se había acostumbrado a esa indiferencia. Aún peores cosas esperaba el día en que se decidió su traslado a esta mezquita ubicada en el umbral del barrio del vicio. Aquel día sí se indignó y trató de suspender la orden o por lo menos modificarla. Pero al fin no hubo más remedio que acatarla aunque contra su voluntad. Y a causa de ello tuvo que soportar las burlas de los enemigos y las chanzas de los amigos. ¿Dónde iba a encontrar público para sus sermones? La mezquita a la cual fue destinado caía en la confluencia de dos calles: la una, famosa por sus prostíbulos y la otra considerada como nido de alcahuetes, profesionales del crimen y vendedores de drogas. Parece que en todo el barrio no hay un solo hombre pasable —y no digamos recto— a excepción del vendedor de guarapo, "Amm" Ḥasanein.

¹ El "imām" en los países musulmanes es el religioso que preside las oraciones diarias (cinco veces al día) y especialmente la comunitaria del viernes, precedida de un sermón que debe pronunciar. Aunque en el Islam no hay una organización clerical como en el Cristianismo, el "imām" viene a ser para la comunidad musulmana como una especie de párroco. En el Islam tradicional, la función del "imām", aunque controlada hasta cierto punto por el Estado, no constituía un cargo oficial remunerado. La desempeñaba libremente cualquier persona con mejor preparación religiosa que las demás. Pero con las reformas modernas en Egipto se convirtió en un cargo que depende del ministerio de "Awqāf" (especie de ministerio de asuntos religiosos). Generalmente son nombrados para ese cargo los graduados en la Universidad Islámica de al-Azhar o en algún instituto religioso.

² "Shayj", literalmente "anciano", trato respetuoso de los "imāmes".

³ "Amm", literalmente "tío", trato respetuoso a cualquier persona de edad.

Durante mucho tiempo, cada vez que el shayj 'Abd Rabbuh lanzaba la mirada a esa calle o a aquélla, le sacudía un sobresalto, como si temiera que, al respirar, fueran a penetrar en su pecho los microbios del crimen o de la corrupción. No obstante, su perseverancia en impartir sus lecciones diarias era sólo comparable a la de "Amm" Ḥasanein en asistir. Inclusive un día le dijo a su único discípulo a modo de estímulo:

—A este paso, pronto te convertirás en un "imām" con autoridad para guiar e iluminar a los fieles.

El viejo se limitó a sonreír y decir con humildad:

—La sabiduría de Dios es infinita.

La lección de la tarde trataba de la pureza de intención como esencia de la fe y base del trato honrado entre el hombre y su conciencia por una parte y entre él y la comunidad por otra. Los buenos propósitos, recalca el "imām", son lo mejor con que el hombre debía inaugurar sus actividades cotidianas. Como siempre, 'Amm Ḥasanein escuchaba atentamente. No acostumbraba a hacer preguntas, si no por el sentido de un versículo alcoránico o pidiendo alguna aclaración acerca de una cuestión ritual.

A esta hora del día, el barrio comenzaba su vida. Desde la ventana meridional de la mezquita, era fácil ver toda la calle, angosta y tortuosa en algunos tramos, en cuyas aceras se levantan prostíbulos y cafetuchos, que producen una extraña impresión morbosa y llena de excitante sensualidad. Por la tarde, comienza en la calle un movimiento febril como si se acabara de despertar. El piso de tierra se riega con cubetas de agua. Las puertas se abren y se golpean de una manera determinada. En los cafés se ponen las sillas en fila. En las ventanas se ven mujeres pintarrajeadas que no cesan de charlar e lanzan carcajadas obscenas. En los zaguanes se quema incienso. No falta el llanto de una mujer, a la cual le contesta la patrona invitándola a consolarse, porque de otro modo se arriesgaría a perder el medio de ganarse la vida tras haber perdido al ser amado. Otra se ríe histéricamente porque aún no se ha olvidado de la muerte trágica de una compañera. Una voz gutural se alza en son de protesta:

—¡Alabado sea Dios! . . . ¿Hasta los "jawāgas"?⁴ Un "jawā-

⁴ "Jawāga", en egipcio hablado, vocablo algo despectivo —depende del contexto— con que se refiere al extranjero, especialmente al europeo.

ga" se burla de "Fardós"⁵ y le birla cien libras para abandonarla después. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

Más allá, voces que se entrenan para entonar canciones obscenas. Hacia el final de la calle, una trifulca comienza con palabras y se acaba con las sillas hechas proyectiles. Luego, "Libliba" sale para sentarse frente a la puerta de la primera casa. Se enciende el primer farol y todo da la impresión de que, en breves momentos, la calle recibirá el soplo de vida.

Un día, el shayj 'Abd Rabbuh recibe una llamada telefónica convocándole a una entrevista con el Inspector General de Asuntos Religiosos. Se le comunica que la invitación es general para los "imāmes" de todas las mezquitas. En realidad, convocatorias como ésta no eran hechos sin precedentes, teniendo en cuenta las circunstancias que precedieron a la invitación. Sin embargo, el shayj se sintió algo alarmado. ¿A qué se debe esta repentina convocatoria y cómo no sentirse preocupado, si el Inspector General es una personalidad muy importante? Aunque es verdad que su importancia se debe al vínculo de parentesco que le une a un alto funcionario cuyo nombre es odiado y maldecido por todas las lenguas, porque es él quien pone y depone a los ministros a su libre antojo, sin importarle ni un bledo los sentimientos del pueblo. El shayj pensó en la futura reunión con el Inspector General. En su presencia, serían, él y sus compañeros, el mejor símbolo de la insignificancia. Al menor desliz, volarían pulverizados por el huracán de su incontenible ira. El shayj trató de ahuyentar los malos pensamientos pronunciando el nombre de Dios, Clemente y Misericordioso. Se preparó para ir a la reunión poniéndose lo mejor de su guardarropa: una "yubba"⁶ negra y un "caftán"⁷ seminuevo, además del turbante⁸ bien ceñido y

⁵ "Fardós", originalmente "Firdaws" en árabe literario, nombre propio de mujer. Su significado es "paraíso".

⁶ "Yubba" voz que dio en el castellano antiguo "chupa", "juba", "aljuba" y "jubón", vestidura, actualmente típica de las dignidades religiosas, aunque no exclusiva. Es una especie de túnica larga, con anchas mangas, abierta por delante desde el pecho hasta el extremo inferior.

⁷ "Caftán" prenda que se lleva debajo de la "yubba". Es una bata abierta por delante, se abrocha por cordones. Suele ser de color brillante, a rayas.

⁸ El turbante que suelen llevar las dignidades religiosas en Egipto se compone de un gorro de color granate con una borla negra, alrededor del cual se lía un lienzo blanco de gasa o de tela fina.

ajustado. Y salió de su casa encomendándose a la gracia de Dios.

El corredor que desembocaba en el despacho del Inspector General estaba atiborrado de gente. Parecía, según palabras suyas, el Día del Juicio Final. Los "imāmes", en espera de la audiencia, cambiaban impresiones y hacían cábalas sobre el objetivo y las consecuencias de la reunión. No tardó la puerta grande en abrirse y se les comunicó a los asistentes que podían entrar. Poco a poco el amplio despacho se fue llenando. El Inspector General los recibió con una expresión serena y unas miradas que infundían respeto y temor. Escuchó, como quien no quería la cosa, las odas ditirámicas que le llovían por doquier, tratando de disimular una sonrisa misteriosa. Terminado este acto, el silencio se adueñó de la escena. La expectación crecía mientras él les estaba pasando revista. Luego les dirigió un breve saludo y expresó su convicción de que no defraudarían la confianza depositada en ellos. A continuación señaló la fotografía que presidía el despacho y dijo:

—Nuestro deber hacia Su Majestad y hacia su excelsa dinastía es el motivo de esta reunión.

Muchos corazones se sintieron compungidos aunque los rostros seguían reflejando expresiones de conformidad.

La arenga continuaba:

—Los estrechos vínculos que les unen a él están fuera de toda discusión. Se trata de una recíproca amistad histórica.

Mientras los rostros resplandecían con ademanes de adhesión, para disimular el dolor del alma, y el murmullo de frases aprobatorias zumbaba, el Inspector General prosiguió:

—Ante la crisis que el país está atravesando, él les está exigiendo la mejor voluntad en el cumplimiento de su misión.

Los corazones empezaron a alborotarse.

—Demuestren al pueblo la verdad. Desenmascaren a los demagogos y a los agentes de la subversión, deseosos de alterar el orden establecido. La autoridad ha de permanecer en las únicas manos con derecho a ejercerla.

La arenga del Inspector General se prolongó agotando estos tópicos. Al terminar, mientras examinaba atentamente los rostros de sus interlocutores, les preguntó si había algún comentario. Durante algunos momentos, el silencio era total, hasta que lo interrumpió un "imām" más osado que los demás.

En su intervención, afirmó que las sabias palabras del Inspector General eran la expresión de lo que ellos sentían en lo más recóndito de sus corazones y que de no temer excederse en el ejercicio de sus funciones o cometer alguna infracción a los reglamentos, hubieran procedido voluntariamente y por su propia iniciativa en el sentido que subrayaba el Inspector General.

Por unos momentos, el shayj 'Abd Rabbuh se tranquilizó. Se dio cuenta de que la convocatoria del Inspector General no tenía por objeto reprenderlos o pedirles que rindieran cuentas. Más bien al contrario, la autoridad es la que les está tendiendo la mano, pidiéndoles su colaboración. Y ¿quién sabe? quizás a consecuencia de ello, el gobierno trate de mejorar su nivel de vida concediéndoles un aumento de sueldos y subsidios. Pero pronto su optimismo se vio empañado por una nueva inquietud. Ahora se ve claro que lo que quiere la autoridad es convertirles en instrumento servil de sus fines políticos. Y pensó entonces en su sermón del viernes. Lo que se verá obligado a decir en ese sermón sería contrario a su conciencia y motivo de la repugnancia del público. El shayj 'Abd Rabbuh estaba seguro de que muchos compartían sus sentimientos y sufrían su misma crisis de conciencia, pero todos estaban en un callejón sin salida. Por fin, volvió a su mezquita atormentado por sus ingratos pensamientos.

"Shaldam",⁹ el famoso chulo del barrio estaba reunido con sus secuaces en la taberna "Bienvenidos", a una distancia de pocos metros de la mezquita. Parecía encendido por la ira y a cada vaso de vino tinto, casi negro, su fogosidad aumentaba aún más. Con una voz que parecía mugido exclamaba:

—Estoy seguro de ello: la loca de "Nabawiyya" está perdidamente enamorada de ese petimetre, "Ḥassān".

Uno de sus secuaces, con el fin de tranquilizarlo le dijo:

—Quizás sea un cliente. Un simple cliente, ni más ni menos.

Shaldam, enfurecido, golpeó la mesa con su puño férreo, volcando los platillos de altramuces y cacahuates, y volvió a rugir:

⁹ "Shaldam", mote con cierto aire barriobajero. En el árabe coloquial egipcio significa "el de los belfos gruesos o abultados".

—No, es un tipo que toma y nunca da. Sé esto tan bien como sé que mi puñalada es mortal. Él no paga ni un milésimo, mientras que recibe toda clase de regalos.

En los rostros se dibujaron muecas de repulsa y desprecio y en los ojos adormilados por la embriaguez había una expresión de sumiso acatamiento. El jefe prosiguió:

—El cabrón suele venir cuando comienza el número de danza de la sinvergüenza. Ahora bien, acechad su llegada, enzarzaos en una trifulca y yo me encargaré del resto.

Los contertulios vaciaron sus vasos mientras que en sus ojos había un brillo de torvos propósitos.

Terminadas las últimas oraciones nocturnas, fueron a visitar al shayj 'Abd Rabbuh dos colegas suyos, compañeros de estudios: Jālid y Mubārak. Se sentaron silenciosos a su lado, con el ceño fruncido y le comunicaron que dos "imāmes" fueron despedidos de sus cargos por negarse a participar en la campaña ordenada por las autoridades. Jālid dijo con ira:

—¿A poco fueron creados los templos para las controversias politiqueras o como tribunas propagandísticas a favor de los tiranos?

'Abd Rabbuh sintió que las palabras de su compañero calaban en su propia llaga. Se limitó a preguntar:

—¿Y qué pretendes, que muramos de hambre?

Pasaron momentos de agobiante silencio. El shayj, decidido a no dar su brazo a torcer, fingió que sus palabras correspondían a su convicción personal, con el fin de salvar su dignidad, cuando añadió:

—Lo que algunos creen propaganda política puede ser la pura verdad.

Jālid, sorprendido por la actitud del shayj, optó por no continuar la discusión, mientras que Mubārak, más impulsivo, replicó:

—De este modo acabaríamos con un principio islámico reconocido: abogar por el bien y prevenir contra el mal.

'Abd Rabbuh se sintió tan molesto por las palabras de su colega como por el remordimiento de su propia conciencia. Pero, haciendo de tripas corazón, volvió a insistir:

—Al contrario, resucitaríamos otro principio islámico: exhortar a los fieles a la obediencia de Dios, de su Profeta y de la legítima autoridad encargada del orden.

Mubāarak, escandalizado, volvió a la carga:

—¿Acaso consideras a éstos la “legítima autoridad”?

‘Abd Rabbuh le preguntó, desafiante:

—Tú dime: ¿te atreverás a abstenerte de pronunciar el sermón del viernes?

Mubāarak se levantó irritado dando fin a la discusión y poco después, Jālid siguió su ejemplo. El shayj los maldijo tanto a ellos como a su propia conciencia alborotada.

Poco antes de media noche, el patio de la séptima casa se abarrotó de ebrios. Estaban sentados en círculo a la luz de un farolillo. En el centro del círculo, “Nabawiyya” meneaba el vientre vestida de un camión rosa, haciendo girar en su diestra un bastón adornado con rosas atadas en espirales. Los espectadores acompañaban los giros y contorsiones de la danza con palmadas. Las bocas fétidas, apestosas a alcohol, exhalaban gemidos animales. Se esparcían por los rincones los pandilleros en actitud de acecho, mientras que Shalḍam, agazapado en el hueco de la escalera, miraba fijamente la entrada de la casa.

No tardó en aparecer Ḥassān que entró con la cabellera bien peinada y una sonrisa que iluminaba su rostro. Shalḍam lo devoró con miradas inyectadas de cólera. Ḥassān se detuvo contemplando a Nabawiyya hasta que ella se dio cuenta de su presencia. Entonces lo saludó con una ancha sonrisa acompañada de un guiño y un ademán sinuoso y coqueto de su vientre danzarín.

Ḥassān, eufórico, se encaminó hacia una silla desocupada y se sentó muy ufano, como un gallo. La sangre hirvió en las venas de Shalḍam. Sus extremidades se agarrotaron y al momento emitió un ligero silbido. Era la señal convenida. Inmediatamente dos de su pandilla la emprendieron a golpes. Los otros no tardaron en intervenir. La batalla campal se encontró. Los borrachos, sorprendidos y asustados, corrieron agolpándose hacia la puerta. Una silla voló en dirección del farolillo haciéndolo añicos. La oscuridad se apoderó del local, cual una pesadilla. Se mezclaron los pasos apresurados con los gritos y el ruido de los golpes y contragolpes. En medio del tumulto, irrumpió un chillido de mujer seguido por gemidos agonizantes de un hombre. En pocos instantes el patio polvoriento quedó vacío bajo la densa y silenciosa tiniebla. Sólo yacían en el piso dos cadáveres enlodados y ensangrentados.

El día siguiente era viernes. Al mediodía, la mezquita estaba abarrotada de fieles, cosa no habitual en los días corrientes, ya que la oración pública atrae a gentes procedentes de puntos alejados, de las plazas de "Jāzindār" y "‘Ataba".¹⁰ Fueron recitados los versículos acostumbrados del Corán y el shayj ‘Abd Rabbuh comenzó, desde el púlpito, a pronunciar su sermón. Parece que los fieles fueron sorprendidos por el inusitado e inesperado discurso político. Sus oídos soportaron, molestos e impacientes, las primeras frases en elaborada prosa rimada que versaban sobre la obediencia y el deber de los creyentes de guardar fidelidad a sus gobernantes. Cuando se llegó a los párrafos que atacaban a los que, con mentiras y engaños, incitaban al pueblo a la indisciplina y al desorden, comenzaron a difundirse por la mezquita murmullos de descontento y protesta que iban creciendo hasta traducirse en interrupciones en voz alta. Algunos insultaron abiertamente al imām. Sin pérdida de tiempo, los agentes secretos diseminados en las filas de los asistentes se lanzaron sobre los más vociferantes y los sacaron afuera en medio de un gran escándalo de airadas protestas.

Muchos salieron ruidosamente de la mezquita, pero el imām invitó a los restantes a la oración. Y el acto religioso continuó, pero triste y descolorido.

Mientras tanto, en un cuarto de la segunda casa de la calle, se encontraban "Samāra" y un nuevo cliente. Samāra estaba sentada al borde de la cama, medio desnuda. Tomó una raja de pepino de un vaso lleno de agua hasta la mitad y comenzó a comerlo. En una silla frente a la cama estaba sentado el cliente en mangas de camisa, tomando sorbos de coñac de una botella. Sus ojos recorrían, abstraídos, la habitación casi sin muebles, hasta que se posaron, por fin, sobre Samāra. Le acercó la botella a los labios para que tomara un sorbo. En este momento, llegó a sus oídos el recital de versículos coránicos procedentes de la cercana mezquita. Se dibujó en su rostro una leve sonrisa, casi imperceptible y volvió su mirada al suelo. Luego balbuceó con un gesto de fastidio:

—¿Por qué construyen una mezquita en este sitio? ¡Era lo único que faltaba!

¹⁰ "Al-‘Ataba al-Jadrā" y "al-Jāzindār" son dos plazas céntricas de El Cairo. Muy cerca de ellas, se encontraba el barrio del que habla el autor.

Samāra respondió sin dejar de mordisquear el pedazo de pepino:

—Este sitio es como otro cualquiera.

Él tomó un trago equivalente a dos copas y clavó una mirada fija en su cara. Súbitamente le preguntó:

—¿Tú temes a Dios?

Ella contestó con aburrida indiferencia:

—¡Dios nos libre de esta mala vida!

Rió el hombre con pereza y se entretuvo un rato comiendo otra raja de pepino.

De fuera, llegaba la voz del shayj 'Abd Rabbuh pronunciando su sermón. Durante algunos momentos, el hombre lo siguió balanceando la cabeza. Luego sonrió, socarrón, y dijo:

—¡Hipócrita! ¿Oyes lo que dice el hipócrita?

Sus ojos recorrieron de nuevo la habitación hasta que tropezaron en una pared con un retrato de "Sa'd Zaglūl",¹¹ ya despintado. Le preguntó a Samāra señalándolo:

—¿Conoces a ése?

—¿Y quién no?

Él vació el resto de la botella en su garganta y dijo:

—¡Samāra es una patriota y el shayj un hipócrita!

Ella sollozó con tristeza:

—¡Qué suerte tiene! Por dos babosadas que dice gana miles y nosotras no arrancamos una piastra sin el sudor de todo nuestro cuerpo.

—Hay tantos hombres respetables que no difieren en nada de ti. . . , pero ¿quién va a tener el valor de decirlo?

—También al asesino de Nabawiyya lo conoce todo el mundo, y ¿quién tiene el valor de declarar su testimonio?

Él movió la cabeza apesadumbrado:

—¡Nabawiyya!, . . . ¡Pobrecilla! ¿Quién la mató?

—Shaldam, ¡Dios lo arroje en el peor de sus infiernos!

—¡Qué barbaridad! Afortunadamente no somos nosotros los únicos pecadores.

Samāra, al borde de perder la paciencia, contestó brusca-mente:

¹¹ "Sa'd Zaglūl" (m. 1927), uno de los héroes de la lucha del pueblo egipcio por la independencia. Fue quien encabezó la revolución del año 1919 contra la dominación británica.

—No, no lo eres, pero estás perdiendo el tiempo en charlatanerías.

El shayj 'Abd Rabbuh tomó la determinación de explotar el incidente de la mezquita en beneficio propio. Inmediatamente escribió un memorándum al ministerio, poniendo de relieve la agresión de que había sido víctima a causa de su sermón "patriótico". No conforme con eso, se las apañó para publicar la noticia del incidente en un periódico, pero en forma exagerada, especialmente en lo que se refería a la intervención policial para defenderlo y para arrestar a sus agresores. A partir de entonces, el shayj se sintió tranquilo y aliviado. Estaba ya confiado en que el ministerio iba a estudiar su caso con merecida atención. De ahí a ascenderlo o a concederle una subida de sueldo no había más que un paso.

Sin embargo, sus sinsabores no iban a acabar tan pronto. Cuando llegó la hora de la lección de la tarde, no encontró absolutamente a nadie. Traspasó con la mirada la puerta de la mezquita hacia la guarapería y allí vio al hombre atareado en su trabajo. Se acercó a la puerta y alzó la voz con una sonrisa amable:

—¡'Amm Ḥasanein, la lección!

Involuntariamente, el viejo volvió la cabeza, pero luego la sacudió en un ademán de enérgico rechazo. 'Abd Rabbuh se sintió avergonzado y humillado. Se arrepintió de su actitud y retrocedió maldiciendo al hombre mil veces.

A la madrugada, el almuédano subió a lo alto del alminar para hacer la llamada a la primera oración del día. Aún era de noche. La luna resplandecía en el cielo. Bajo la noche oscura y fresca, el silencio era impresionante. El almuédano gritó comenzando el llamamiento ritual.

—Dios es el más grande...

Se disponía a proseguir cuando la sirena de alarma irrumpió con sus terribles aullidos entrecortados. Presa del pánico su corazón latió violentamente. Hizo un esfuerzo para dominar sus nervios pronunciando el nombre de Dios y se dispuso a reanudar el llamamiento tan pronto como se callara la odiosa sirena. En realidad, desde que Italia declaró la guerra a los aliados, las alarmas nocturnas se convirtieron en una costumbre cotidiana sin mayores consecuencias, y la sangre nunca llegaba al río. Desde lo más hondo de su pecho volvió a gritar:

—No hay otro Dios sino Él...

¡Qué bien le había salido la frase, pensó, y armoniosamente entonada! Pero apenas pronunciada la última sílaba, una espantosa explosión atronó sacudiendo el suelo. Se le secó la voz instantáneamente. Quedó petrificado; sus piernas se estremecían temblorosas y sus ojos aterrorizados miraban fijamente al lejano horizonte donde se divisaban enormes llamaradas rojas. Retrocedió hacia la puerta arrancando con grandes esfuerzos sus pies y se puso a andar escaleras abajo con las piernas flojas y desencajadas. Cuando llegó al suelo de la mezquita, todo estaba envuelto en tinieblas. Sólo los cuchicheos del imām y el encargado le orientaron para caminar hacia ellos. Jadeante, les dijo:

—Esta vez va en serio, señores. ¿Qué vamos a hacer?

Con voz desgarrada respondió el imām:

—El refugio está lejos. Y seguramente estará lleno de toda clase de gentes. La mezquita está sólidamente construida. Será el más seguro refugio.

Los tres se sentaron en un rincón y pronto comenzaron a recitar versículos coránicos. De fuera, llegaba a sus oídos una confusa algarabía: pasos apresurados, gritos, llamadas, comentarios atropellados, chirridos de puertas que se abrían y cerraban. De nuevo, las detonaciones de varios y sucesivos proyectiles que parecían estrellarse en el suelo. Las almas enmudecieron y los nervios se trastornaron. De repente, al encargado se le escapó un grito:

—¡Mis hijos!... Están en casa..., una casa vieja y destaralada, mi señor.

El imām dijo con voz ronca:

—Dios esté con ellos. No te muevas de aquí.

Un grupo de gente irrumpió en el interior de la mezquita. Algunos gritaban:

—¡Aquí! Éste es un lugar seguro.

Una voz bronca comentó:

—Esta vez pegan de verdad y no como las noches pasadas.

Nada más al oír esta voz, el imām se sintió profundamente angustiado. ¡Esta bestia humana! Su presencia ¿no será un presagio de desgracias? Otro grupo más denso entró en la mezquita. De ellos salían voces femeninas no del todo nuevas para el shayj. Alguien exclamó:

—¡Qué rabia! Ya se me despejó la borrachera.

El imām perdió los estribos. Se levantó con brusquedad y gritó histéricamente:

—¡Idos al refugio! ¡Más respeto a la casa de Dios! ¡Fuera todos!

Una voz le respondió:

—Cállese, mi señor.

Sonó una carcajada burlona, rápidamente acallada por una tremenda explosión. Llantos y gritos de terror se adueñaron del recinto. El imām, presa del horror, volvió a exclamar como un energúmeno, cual si hiciera la réplica a las mismas bombas:

—¡Fuera de aquí! ¡No mancilléis la casa de Dios!

Una voz de mujer:

—¡Será desgraciado!

De nuevo el imām:

—¡Idos de aquí, malditos pecadores!

La misma voz femenina chilló con energía:

—Ésta es la casa de Dios y no la finca de su padre.

Y añadió el de la voz bronca:

—Cállese ya de una vez, mi señor, o le retuerzo el pescuezo.

Se difundieron los comentarios burlescos y las sátiras mordaces. Finalmente el almuédano le susurró al oído:

—Por el amor de Dios, cállese.

‘Abd Rabbuh protestó casi sin poder articular las palabras:

—¿Es que te place que la mezquita sea profanada por semejante gentuza?

El almuédano insistió suplicando:

—No tienen otro sitio a dónde ir. ¿Se olvidó que el barrio es viejo y medio en ruinas? Casi podría venirse abajo a fuerza de puñetazos y no de bombas.

El imām golpeó la palma de una mano con el puño de la otra y dijo:

—Nunca puedo sentirme tranquilo viendo a toda esta canalla reunida en un mismo lugar. ¡Dios no los juntaría si no fuera por algo!

Otra detonación estalló. Parecía que esta vez la explosión tuvo lugar muy cerca, quizás en la plaza de Jāzindār. Por un instante, la ráfaga que relampagueó en el espacio de la mezquita dejó ver las siluetas temblorosas, antes de que la tragara nuevamente la cerrada oscuridad. De todas partes se levanta-

ban aullidos de pánico. Las mujeres ululaban. Hasta el shayj 'Abd Rabbuh mismo gritó sin poder contenerse. Con los nervios hechos trizas, de repente echó a correr hacia la puerta. El encargado corrió detrás de él tratando de impedirle salir. Pero el shayj, con las manos crispadas le dio un fuerte empujón, mientras exclamaba:

—Sígueme antes que te alcance el castigo de Dios.

Como una flecha traspasó la puerta, y con voz trémula seguía repitiendo:

—¡Dios no los juntaría si no fuera por algo!

El shayj desapareció en la densa negrura.

El bombardeo duró otros diez minutos durante los cuales cayeron cuatro proyectiles. La ciudad permaneció silenciosa durante otros quince minutos. Luego sonó la sirena que anunciaba el fin de la alarma.

Poco a poco, la claridad del día que estaba por nacer venía las últimas huestes de la noche. Por fin, llegó el amanecer como un anuncio de salvación.

Pero sólo a la salida del sol, pudieron encontrar el cadáver del shayj 'Abd Rabbuh.